

por **GONZALO TORNE** No cabe la menor duda de que Ernst Weiss (1882-1940) escribía muy bien, los problemas críticos empiezan en el momento de valorar al servicio de qué proyecto decidió poner su talento. Quizás nos ayude la comparación con Franz Kafka. Kafka está muy lejos del virtuosismo de Weiss y de la amplitud de sus capacidades descriptivas. El autor de *El castillo* parece sacrificar todos estos recursos para concentrar sus energías en vislumbrar un mundo nunca antes visto que coincide de manera emocionante y

Roth o de Zweig. Weiss relata a través del joven Boëtius von Orlamünde (único rasgo cómico en una novela donde la ironía opera al nivel casi imperceptible de la estructura) los últimos estertores de la aristocracia y sus internados. La posición de Orlamünde es ideal para cobrar conciencia de que sus esfuerzos por asimilar la educación aristocrática constituyen una representación (casi una farsa): fuera del internado su familia vive casi en la indigencia, entregada a costumbres sin utilidad social, y rodeada de blasones y joyas polvorientas,

Narrada con un virtuosismo casi sobrehumano, esta novela de **Ernst Weiss** es una inteligente oda a un mundo desaparecido que se convierte al correr de las páginas en una mirada al futuro

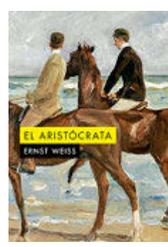
El fin de una era, un mundo en transformación

algo aterradora con nuestro futuro. Weiss se acomoda dentro de un género en el que los escritores en lengua alemana conocen como las líneas de su mano (la novela de formación) para tallar con todo el cuidado un mundo que se pierde: el de la aristocracia y sus internados de formación para varones.

La comparación no es gratuita. Kafka y Weiss fueron coetáneos, y como señala Alberto Gordo es su incitante prólogo, se leyeron mutuamente y durante años (antes de partir peras) esperaban algo el uno del otro. No es gratuita, pero es injusta, ¿cuántos escritores pueden salir vivos de una comparación con Kafka? Los méritos de Weiss se calibran mejor al lado del joven Musil, de Joseph

últimos ecos de una manera de vivir ya desvanecida. Y dentro del internado es demasiado mayor para mezclarse con sus compañeros y demasiado joven para integrarse al cuerpo de profesores donde el dinero ha empezado a ser el criterio rector.

Además de proyectar deliberadamente su talento hacia un mundo en decadencia, también el lenguaje moral y psicológico de Weiss está entrelazado con los erizados conceptos de la época: voluntad, fuerza, lucha, combate, pruebas... fantasías y temores de muerte y mutilación... Todo servido en un ambiente refractario a la diversión e hipersensible a las exigencias de la jerarquía. El oído ajeno a la literatura alemana quizás tarde un poco en sintonizar, pero



ERNST WEISS
EL ARISTÓCRATA
Traducción de
Alberto Gordo.
Alpha Decay.
224 pp. 20,90 €

UNA AMISTAD DIFÍCIL Y DECISIVA
La admiración recíproca fue el germen de la intensa y accidentada amistad entre Weiss y Kafka, que superó fuertes periodos de mutua antipatía fruto de tan distintos caracteres. Esta relación ilumina, como dice el prólogo, "algunos aspectos de 'El aristócrata', publicada cuatro años después de la muerte de Kafka, que fue una presencia constante en la vida y obra de su amigo, en cuyas novelas se encuentra la creciente influencia del praguense"

son los mismos mimbres morales y psicológicos con los que Zweig escribe sus homilias y Musil sus obras maestras. Y que también encontramos en Kafka (por seguir con la comparación), aunque desviados de manera inesperada en el sentido de otros intereses. Lo mejor de la exposición de Weiss son las escenas simbólicas donde captura elementos clave de la formación de Orlamünde (la doma del caballo como ejemplo de la exigencia y la represión sentimental que sufren los jóvenes, o el devastador incendio del internado que no necesita que la interpretemos) con la particularidad de que no son escenas breves ni condensaciones fugaces sino páginas y páginas de desarrollo moroso, donde la fuerza descriptiva y su correlación con el tema alcanzan logros imponentes. Más que describir el caballo y las llamas desde el exterior Weiss parece compartir su naturaleza.

No me resisto a chivarle al lector que traspasado el segundo tercio de la novela Weiss le ha preparado una sorpresa. *El aristócrata* abandona el examen del mundo perdido y se convierte en una novela de transformación. Sólo que aquí, en lugar de un oficinista que sin comerlo ni beberlo se despierta convertido en cucaracha nos encontramos con un hijo de la vieja aristocracia resuelto, en un gesto de voluntad, a convertirse en trabajador manual. Casi podemos sentir como gira el cuello de la novela para abandonar el pasado y mirar hacia el futuro. Al hablar de fábricas y trabajo manual las capacidades descriptivas de Weiss (que en medio del campo habían alcanzado cotas casi sobrehumanas) se resienten, como si el ojo se entrecerrase o a los escritores de hoy nos tocara pintar con palabras un caballo. A cambio se nos abre un nuevo placer: el de resignificar lo leído en el sentido de las auténticas intenciones del autor y degustar el logro (no tan frecuente como podría parecer) de un novelista que cumple con sus propósitos. **L**